

Del amor, palabras y mitos

Autor: Lic. Vladimir Ferro González

Centro de procedencia: Universidad de Ciencias Pedagógicas "Rafael María de Mendive"

Bien se sabe que el 14 de febrero de cada año, se celebra en casi todo el mundo, el día de los enamorados. Esta es una fecha para festejar junto a la persona amada, intercambiar regalos con ella (tarjetas, cartas, útiles personales), compartir unidos en el sitio más placentero. El momento se presta para la confirmación mutua –con buena fortuna- del magnetismo que encumbra a la pareja, de su paso triunfal por la vida, gracias al encuentro de ese complemento que suele nombrarse la otra mitad, la media naranja o el alma gemela.

En los mejores casos, dicha armonía vivencial estuvo precedida por un buen flechazo, es decir, por el consabido amor a primera vista, donde cada una de las partes, en breve lapso, reconoció en la otra su paradigma, y optaron por la unidad de intereses en un sentido común, por afianzar y defender la pasión «a capa y espada».

Es natural pues, que el poder de esa afinidad física y espiritual, cuando se conjugan instinto y convicción, impulse los cuerpos a la caricia íntima, a la plenitud del placer, a la aventura de lo erótico, donde no se descarta para las energías que participan en la interacción, el ingrediente afrodisíaco.

Sin embargo, no todo es color de rosa. Ante el acecho de un tercero en detrimento del equilibrio vital, pueden aparecer en uno de los miembros de la pareja, esos invertebrados inquietantes y funestos conocidos por celos.

Lo que probablemente ignoran muchos de los que han sido partícipes de estas experiencias o los que de algún modo las anhelan, es que el sentido de las palabras y expresiones destacadas, tiene su génesis en la mitología. En efecto, las mismas han pasado al habla común de los hispanohablantes, gracias al formidable legado grecolatino. Ello obedece a que el español, al descender del latín, absorbió de este todo el arsenal cultural y lingüístico que los romanos habían tomado de los griegos e incorporado creativamente a su vida social. La religión, en particular, antes de ser suplantada por la doctrina cristiana, estaba conformada en el Imperio Romano por un panteón de dioses equivalentes a la civilización griega. También los mitos en que se enrolaban estos, eran bastante congruentes para ambos pueblos. De ahí que nuestro idioma contenga términos que por su morfología (prefijos, sufijos, lexemas) representen una derivación de las lenguas cultas aludidas, y en su motivación original, esté presente el nombre y la identificación de una deidad o personaje legendario.

La propia fijación de una fecha en honor al romance, decretada oficialmente como «Día de San Valentín» por la Iglesia Católica en 1969, posee un antecedente pagano. Si bien el aniversario obedece a la ejecución del obispo del mismo nombre, que, en el período decadente del Imperio Romano, unió en sagrado matrimonio a múltiples parejas, a tenor del interdicto establecido por el emperador Claudio II, no es menos cierto que la proclamación del santo patrón dos siglos más tarde por el Papa Gelasio, respondía a la imperiosa necesidad de reemplazar la adoración a Lupercus. Sucedió que por casi 800 años era tradición entre los jóvenes romanos, iniciar a partir del día 15 de febrero (preludio de la primavera), unos rituales alegóricos al dios conocido por Pan entre los griegos, quien constituía el símbolo de la potencia generadora de la naturaleza, y en sentido estrecho, de la unión sexual y el ardor inagotable de los seres humanos. Denominadas lupercales, dichas ceremonias consistían básicamente en

introducir dentro de una caja, nombres de féminas adolescentes, y que los muchachos los extrajeran al azar, de manera que a cada uno de ellos le correspondiese una compañera para su mutua diversión, durante todo el año.

El resto de los vocablos concernientes al tema amoroso, viene a confirmar que el imaginario mítico helénico-latino, aporta una de las visiones poéticas más originales y cautivadoras, al brindar una concepción humanizada en la conducta e interacción de dioses y hombres, donde la moral, la belleza, la virtud, el hedonismo y el destino, subyacen en cada acto. Así, el concepto de almas gemelas –devenido en teoría espiritual de nuestro tiempo-, nos remite al libro de Platón El banquete o del amor. Conforman este, la fuente original que alude al mito de los andróginos (del griego, compuesto de andrós, «varón» y gyne, «mujer»). En boca de uno de sus personajes, el ilustre filósofo ateniense manifiesta sobre dichas criaturas que:

"... la forma de cada individuo era en su totalidad redonda, su espalda y sus costados formaban un círculo; tenía cuatro brazos, piernas en número igual a la de los brazos, dos rostros sobre un cuello circular, semejantes en todo, y sobre estos dos rostros, que estaban colocados en sentidos opuestos, una sola cabeza; además, cuatro orejas, dos órganos sexuales y todo el resto era tal como se puede uno figurar en esta descripción. Eran, pues, seres terribles por su vigor y su fuerza; grande era además la arrogancia que tenían, y (...) intentaron hacer una escalada al cielo para atacar a los dioses. Entonces Zeus y los demás dioses deliberaron qué debían hacer (...) pues en ese caso los honores y los sacrificios que recibían de los hombres se habrían acabado (...) al fin Zeus concibió una idea y dijo: "... Ahora mismo voy a cortarlos en dos a cada uno de ellos y así serán a la vez más débiles y más útiles para nosotros por haberse multiplicado su número. Caminarán en posición erecta sobre dos piernas...". Tras decir esto, dividió en dos a los hombres (...) Y a todo aquel que iba cortando, ordenaba a Apolo que le diera la vuelta a su rostro y a la mitad de su cuello en el sentido del corte (...) y además, le daba la orden de curarlo (...) una vez que fue separada la naturaleza humana en dos, añorando cada parte a su propia mitad, se reunía con ella..."

La idea concluyente junto al fundamento expuesto, trasciende a la cultura occidental posterior, para justificar la necesidad de complementación psicológica inherente al varón y la hembra:

Desde tan remota época, pues, es el amor de los unos a los otros connatural a los hombres y reunidor de la antigua naturaleza, y trata de hacer un solo ser de los dos y de curar a la naturaleza humana.

Por su parte, los términos erótico y flechazo, aun cuando designen momentos diferentes en la relación de pareja, proceden de la naturaleza de una misma divinidad.

El primero evidencia una derivación directa de Eros, dios griego del amor, la lujuria, el sexo y la fertilidad; de ahí que su nombre se asocie con la vivencia sexual provista de sentimiento. Sin embargo, la segunda variante concierne a la representación particular que le confieren los romanos bajo el nombre de Cupido. Lo muestran como un niño desnudo y alado, con un arco y un carcaj en el que llevaba dos clases de flechas: unas doradas con plumas de paloma que generaban un amor instantáneo, y otras de plomo con plumas de búho que provocaban la indiferencia. Ocasionalmente se le exhibía ciego o con los ojos vendados, para denotar la ceguera amorosa. Se dice que tenía por diversión intranquilizar los corazones de dioses y hombres, al encender en ellos el fuego de la pasión, tras haber sido heridos con sus flechas. En este sentido, constituye

el pasaje de Apolo y Dafne, el más representativo para ilustrar su poder de flechador espiritual.

Corresponde ahora el turno al afrodisíaco, esa sustancia o alimento que estimula y potencia el instinto sexual, y que se destina principalmente para consumo masculino. Se asocia este con Afrodita, diosa helénica del amor, prototipo de la sensualidad y la belleza femenina, madre de Eros, y por tanto, máxima responsable de la libido y el placer sexual. Desencadenaba un deseo tan intenso, que en ocasiones era capaz de romper el sagrado vínculo del matrimonio y la fidelidad. Hasta Zeus resultaba dominado en ocasiones por su seducción. Como, según la leyenda, nació de las espumas del mar, resulta interesante que muchos de los afrodisíacos que se emplean, constituyen especies animales propias del lecho marino. Tales son los casos de las ostras, los ostiones, el carey, la rémora, la foca.

Quedan por abordar los celos, los únicos que se visten de verde olivo al servicio del amor. A juzgar por su etimología, provienen del griego zelos («ardor», «emulación», derivado a su vez de zéo («yo hiervo»). Conciernen a la irritación de uno de los amantes ante la amenaza de infidelidad del otro por la competencia de un tercero; el instinto de este por preservar su "territorio" puede inducirlo a espiar cada paso de quien lo acompaña y arremeter impetuosamente contra todo aquello que "entorpezca" sus dominios. Curiosamente, para la mitología clásica, Zelos resulta la personificación del fervor, la rivalidad y la discordia, aparece acompañado de sus hermanos Niké (la Victoria), Cratos (el Poder) y Bía (la Violencia) y queda representado como un sacerdote con una lámpara en una mano y un látigo en la otra.

Abordado el vocabulario amoroso-sexual propuesto, sirva acaso el acervo que lo apuntala, para robustecer la lucidez del espíritu, en virtud de un sentimiento que más que un día –para ser honestos–, merece la consagración cotidiana.

Bibliografía

- Allan García, Edgar. "El día de los enamorados". Disponible en <http://v1.nedstadbasic.net>
- Corominas, Joan. Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana. Ciudad de la Habana: Edición Revolucionaria. 1995. 627p.
- Dioses de la mitología griega. En Enciclopedia Wikipedia. Disponible en <http://es.wikipedia.org>
- "Etimología de afrodisíaco". En dechile. Disponible en <http://www.dechile.net>
- González, Elizabeth A.. "Ese flechazo a primera vista...". En El Panamá América. 13 de febrero. 2004. Disponible en <http://www.elpanamaamerica.com.pa>
- Mendoza García José Adrián. "Roma: la ciudad que conquistó el mundo". En monografías.com. Disponible en <http://www.monografías.com/trabajos17/imperio-romano>
- Platón. El banquete o del amor: traducción y notas de Luis Gil. Barcelona: Editorial Planeta, 1982. 159 p.
- Poesía Lírica Griega: Selección y notas de Aramis Quintero. Ciudad de La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1999. 199 p.
- Toporov, Vladimir N.. Árbol del mundo: Diccionario de imágenes, símbolos y términos mitológicos: Traducción y notas de Rinaldo Acosta. Vladimir N. Toporov... /et al./. Ciudad de La Habana: Edición Casa de las Américas/UNEAC. 2002. 477p. (Colección Criterios)
- "Vocabulario antropológico sobre el amor". En Darfruto. 11 de febrero. 2006. Disponible en <http://www.darfruto.com/ESTUDIOS.htm>
- "Vocabulario latino y griego". En Wanadoo. Disponible en

<http://www.apuntes.rincondelvago.com>

Zamora, Sergio. "El origen del español en otras palabras". En Tus Foros Telemundo. 2 de setiembre. 2005. Disponible en <http://telemundo-foros.kcl.net/forum/index/php?>

Vladimir Ferro González (Los Palacios, 1976). Ensayista e investigador. Licenciado en Español y Literatura. Profesor Asistente del Instituto Superior Pedagógico "Rafael María de Mendive". Premio de Ensayo en el Encuentro Debate Nacional de Talleres Literarios 2004. Ha participado como ponente en varios eventos literarios internacionales convocados por la UNEAC, la Fundación Nicolás Guillén y otras organizaciones e instituciones. Artículos suyos aparecen en las revistas cubanas La Jiribilla, Cauce y Mendive, y en la revista española Alhucema. Tiene editado el libro Con Pablo Neruda, por los caminos de la poesía (Ed. Hnos. Loynaz, 2007). Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz.